

JUAN ANTONIO CEBRIÁN presenta la

BREVE HISTORIA de la...

# BRUJERÍA

Jesús Callejo



Conjuros, pactos satánicos, libros prohibidos, aquelarres y falsos mitos sobre las brujas así como la verdadera historia de su brutal persecución en Europa y América a lo largo de tres siglos

# BREVE HISTORIA DE LA BRUJERÍA

JESÚS CALLEJO

**Colección:** Breve Historia ([www.brevehistoria.com](http://www.brevehistoria.com))  
**Director de la colección:** Juan Antonio Cebrián  
[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

**Título:** *Breve Historia de la Brujería*

**Autor:** © Jesús Callejo

© 2006 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid

**Editor:** Santos Rodríguez

**Responsable editorial:** Teresa Escarpenter

**Diseño y realización de cubiertas:** Carlos Peydró

**Diseño de interiores y maquetación:** Grupo ROS

**Producción:** Grupo ROS ([www.rosmultimedia.com](http://www.rosmultimedia.com))

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

**ISBN:** 84-9763-277-X

**Depósito legal:** M. -2006

**EAN:** 978-849763277-5

**Fecha de edición:** Febrero 2006

**Printed in Spain**

**Imprime:** Imprenta Fareso, S.A.

*A mi buen amigo Juan Antonio Cebrián, el Gandalf  
de las Ondas, quien me animó, como tantas otras veces,  
a realizar este proyecto brujeril con toda la ilusión  
que él sabe contagiar.*

*A mi padre, una persona buena, un «brujo moderno» de 82  
años que siempre me ha enseñado esa sabiduría popular  
que no se encuentra en las universidades.*

# Índice

PRÓLOGO POR JUAN ANTONIO CEBRIÁN .....	9
INTRODUCCIÓN: ESTUPIDECES EN TORNO A LA BRUJERÍA .....	13
<i>Errare humanum est</i> .....	15
Ordalías a tutiplén .....	19
<b>1. ENTRE ERRORES ANDA EL JUEGO: UNOS ORÍGENES MÁS QUE DIFUSOS .....</b>	<b>23</b>
Para empezar: ¿qué es una bruja? .....	24
Para continuar: ¿qué es una bruja satánica? .....	28
Y seguimos: ¿son brujas o hechiceras? .....	34
Hécate y Diana, las diosas de las brujas .....	41
Empusas y lamias .....	45
Hechiceras con nombres propios .....	48
Ataques contra el paganismo .....	55
Magonia, el país de los tempestarios .....	58
<b>2. PARAFERNALIA BRUJERIL: PACTOS, SEÑALES, VUELOS Y AQUELARRES .....</b>	<b>65</b>
El pacto diabólico .....	66
Las marcas de Satán .....	72
El aquelarre divertido .....	77
La noche de Walpurgis .....	84
¿Realmente volaban? Los ungüentos voladores .....	88
Hierbas brujas .....	92
El poder del beleño negro .....	97

<b>3. TEXTOS Y CONJUROS DIABÓLICOS: DEL ARTE DE INVOCAR A LA HABILIDAD DE PROTEGERSE .....</b>	<b>101</b>
Los libros de las brujas .....	102
Al rico grimorio .....	106
Conjuros y oraciones .....	108
Brujos que llegan a santos .....	114
Protección contra las brujas .....	120
La Cédula de Ubagá .....	123
<b>4. INQUISICIÓN, VELAS, BULOS Y BULAS: CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO .....</b>	<b>125</b>
El influjo del <i>Canon Episcopi</i> .....	126
Los primeros grupos heréticos .....	129
La Inquisición medieval arrasa herejías .....	133
A golpe de bulas .....	139
La mujer como origen de todo mal .....	144
¡Arde, bruja, arde! .....	148
Una bula poco inocente de Inocencio VIII .....	152
El <i>Malleus Maleficarum</i> o manual para cazar endemoniadas .....	155
<b>5. LA CAZA DE BRUJAS EN EUROPA Y AMÉRICA: LA GRAN MASACRE .....</b>	<b>161</b>
¿Cuándo empezó la cacería? .....	162
Las infames torturas .....	166
Caza de brujas en Alemania .....	170
Caza de brujas en Francia .....	178
Caza de brujas en Inglaterra y Escocia .....	185
Las últimas brujas .....	195
La gran incógnita: ¿a cuántas brujas mataron? .....	198
Las brujas de Salem .....	202

<b>6. LA BRUJERÍA EN ESPAÑA:</b>	
UNA LEYENDA NEGRA REVISADA .....	213
Magos, augures, necrománticos y sortílegos .....	214
Del Fuero Juzgo a Las Partidas .....	217
La cueva de Salamanca, antro de brujos .....	220
Inquisición y particular caza de brujas .....	226
Auto de Fe de Logroño, el mayor proceso de la Historia .....	233
El informe Salazar .....	239
La leyenda negra .....	241
Biterna y otros lugares míticos y típicos de aquelarres .....	245
Los posos de una historia interminable .....	250
<b>7. EPÍLOGO: LA BRUJERÍA EN EL SIGLO XXI .....</b>	<b>255</b>
Una encuesta clarificadora .....	256
El retorno de los brujos .....	258
Los líderes de la nueva brujería .....	261
Un brujo que borró su historia: Castaneda .....	264
Wicca y el Libro de las Sombras .....	266
Fiestas con sabor brujo .....	271
Colorado, colorín, las brujas en la literatura infantil .....	277
<b>BREVE BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA .....</b>	<b>281</b>

# PRÓLOGO

## UN BRUJO DE NUESTRO TIEMPO

por Juan Antonio Cebrián

Aquelarres, ungüentos amarillos, invocaciones al maligno, machos cabríos, plantas medicinales, conjuros al calor de la lumbre, brujas, duendes, hadas y toda suerte de seres extraídos del imaginario popular, así como lugares en los que usted posiblemente nunca creerá aunque en su interior algo le hace sospechar que existen o existieron.

Mi querido Jesús habla de cosas muy extrañas, eso cualquiera de sus amigos lo reconocemos de inmediato cuando alguien nos interpela o asedia con preguntas referentes a este mago de la comunicación actual. En estos tiempos difíciles divulgar estos asuntos es casi como enfrentarse a doblar el Cabo de Hornos con la simple ayuda de unas velas latinas, las cuales a duras penas se sostienen en el entramado maderamen de nuestro barco cargado de ilusión y esperanza en el futuro. Por eso, Jesús merece, cual caballero medieval, que sus leales le prestemos el servicio de nuestras espadas en cualquier empeño que inicie por hereje que éste sea. Si existe alguien capaz de narrar con destreza un asunto teñido por el negro de la leyenda más terrible, ese es sin duda Callejo con su peculiar y maravilloso estilo literario.





Tras leer esta obra brujeril, el lector comprobará que las hechiceras de antaño ni eran tan malas ni tan siniestras como se las pintó en aquellos siglos de ignorancia y temor a mundos inescrutables y, de paso, aclarará el enigma de numerosos mitos que acompañaron la historia de unas mujeres en su mayoría inocentes que tan sólo pretendían, según los casos, ayudar a su prójimo sin más premio que un agradecimiento.

Callejo es un Druida, estoy convencido de ello, siento un orgullo especial cuando presumo de sus diez años de honrada y sincera amistad, pues sé que los Dioses me han otorgado el privilegio de poder caminar al lado de un depositario del saber. Jesús, mi querido Jesús, acumula dos mil quinientos años de existencia, dado que si creemos en la reencarnación, y por qué no vamos a creer, ya atesora la sabiduría correspondiente a esos siglos.

Seguro que inició su peripecia vital en alguna aldea de las Galias, antes incluso de que éstas se llamaran así. Allí, arropado por la noche pero iluminado por la luna llena, se internaba en el bosque para identificar hierbas medicinales y flores mágicas reuniendo a los jóvenes en torno a los robles sagrados para transmitirles los conocimientos ancestrales del clan. Me lo imagino determinando los días fastos y nefastos del calendario e inculcando a los aprendices las primeras nociones chamánicas.

En vidas posteriores se le pudo ver en compañía de Sócrates, Plinio, Isidoro o de los alquimistas medievales. En esta última época estoy convencido de que recogió escrupulosamente cualquier incidente relacionado con autos de fe o procesos inquisitoriales hacia sus amigas las brujas,



guardando dichos acontecimientos para ofrecerlos siglos más tarde en un libro como este que usted tiene ahora en sus manos.

Desde los orígenes del hombre hasta nuestros días, las brujas han vivido entre nosotros, se las ha denominado de mil maneras y de otras tantas se las juzgó. Hora es de contar lo que hay de cierto sobre estos singulares personajes incrustados en nuestro acerbo cultural y quién mejor que el brujito Callejo para hacerlo con la pulcritud que todos esperamos en un trabajo de investigación como esta breve pero intensa historia de la brujería. Es momento, por tanto, para dejar que nuestra imaginación sobrevuele los siglos por los que transcurrieron escenas dignas de ser incluidas en la galería grotesca de la humanidad. Sepamos a qué dedicaban sus noches, a quiénes reclamaban mediante pócimas o invocaciones, cómo murieron tras recibir injustas sentencias. Se calcula que no menos de 50.000 mujeres fueron a la hoguera por causa de brujería. El mayor porcentaje de dichas ejecuciones se produjo en la Europa protestante muy en contra de lo que se pueda pensar, ya que el estigma de esta aberración recayó incomprensiblemente en el ámbito católico; acaso en un ejercicio propagandístico sin precedentes proyectado en aquellos siglos de guerras intestinas dentro del seno cristiano. Por mi parte, les dejo en la buena compañía de Jesús Callejo, no me cabe la menor duda de que van a disfrutar con esta imprescindible obra y que la guardarán entre los mejores tesoros de su biblioteca personal. Yo me retiro a mis aposentos dispuesto a poner en práctica una cosilla que he descubierto en este libro, no les digo cuál es, descúbranlo ustedes mismos, pues el siguiente pró-



logo de breve historia pienso realizarlo subido en una esco-  
ba mientras saludo a la luna llena desde un prado secreto en  
compañía de unas mujeres encantadoras en el mágico sen-  
tido de la palabra. Ya saben, esto de tener amigos raros a  
veces tiene sus ventajas. Lo que no termino de entender  
antes de realizar mi particular conjuro, es por qué ese mag-  
nífico ejemplar de macho caprino que apareció en mi jardín  
hace unos días me mira con tanta insistencia.



# INTRODUCCIÓN

## ESTUPIDECES EN TORNO A LA BRUJERÍA

—¡Tenemos una bruja! —grita el populacho de una población medieval inglesa, llevando consigo a una mujer vestida con harapos a la que han colocado un estrambótico gorro en la cabeza y una calabaza puntiaguda por nariz.

—¡Hemos encontrado una bruja! ¿Podemos quemarla? —pregunta uno de los exaltados campesinos al gobernador de la población.

—¿Cómo sabéis que es una bruja? —pregunta el caballero.  
—Parece una bruja. Porque se le nota ¿no lo veis?

—¡Mostrádmela!

Y el pueblo le enseña a la mujer vestida de esa guisa, vapuleada e insultada.

—¡No soy una bruja, no soy una bruja! —exclama desesperada la mujer.

—Es verdad, estáis vestida de bruja —dice el gobernador tras examinarla.

—Ellos me vistieron así. Y esta no es mi nariz, es postiza.

—¿Y bien? —pregunta el caballero al populacho.

—Bueno, le pusimos la nariz y el sombrero, pero ¡es una bruja!

Y todos vuelven a gritar al unísono que es una bruja.



—¿La habéis vestido vosotros así?

Tras un silencio de complicidad por parte de todos los presentes, uno de los campesinos toma la palabra:

—No, no... Sí, un poco, pero tiene una verruga.

—¿Y por qué creéis que es una bruja?

Nuevo silencio hasta que otra persona levanta la mano y exclama:

—Porque a mi me convirtió en un grillo... (todos le miran) y mejoré.

—¡Pero hay que quemarla! —vuelve a gritar el populacho con más ganas que antes.

—¡Silencio! —grita el gobernador— Hay diversas formas de saber si es una bruja.

—¿Ah sí?, dínoslas, ¿cuáles son?

La expectación es cada vez mayor entre la plebe y el caballero se prepara para exponer un brillante razonamiento con la idea de que todo el mundo lo entienda a la perfección.

—Decidme, ¿qué se hace con las brujas?

—¡Quemarlas! ¡Quemarlas!

—¿Y qué se quema, aparte, con las brujas?

—¡Más brujas! —dice uno.

—¡Madera! —dice otro.

—Y ¿por qué arden las brujas?

Un nuevo silencio invade a los presentes que no saben cuál es la respuesta correcta. Al fin se atreve a contestar tímidamente uno de ellos:



—¿Porque están hechas de madera?...

—¡Exacto! Y ¿cómo se puede saber si esta está hecha de madera?

—¿Haciendo un puente con ella?

—Pero también se pueden hacer puentes de piedra ¿eh? — el gobernador deja perplejos a sus interlocutores y prosigue su razonamiento— Y la madera ¿se hunde en el agua?

—¡No!, flota.

—¿Y qué más cosas flotan en el agua?

Cada campesino grita una cosa: el pan, las manzanas, la salsa verde, un grillo... Y en eso que otro caballero que está presenciando la escena grita: ¡Un ganso! Es el rey Arturo que pasaba por ese lugar en busca del Santo Grial.

—¡Exacto! —dice el gobernador que no sabe quién es— Así que entonces... iuhmmm? —y mira al pueblo con la esperanza de que sean los propios aldeanos los que resuelvan el silogismo.

—Si pesa lo mismo que un ganso es que está hecha de madera —dice uno.

—¿Y por tanto?...

—¡Es una bruja! —exclama alborozado.

Entonces cogen a la mujer y la llevan a una báscula para pesarla junto con un ganso, comprobando todos los allí reunidos que pesan exactamente lo mismo. De nada sirvió a la mujer decir que la báscula estaba trucada. Se la llevaron, con gran regocijo, a quemarla...

El rey Arturo, al ver lo versado en ciencia que estaba el gobernador de esa localidad, le recompensa y le nombra primer caballero de su mesa cuadrada...



## ERRARE HUMANUM EST

Estos diálogos corresponden a una escena de la hilarante película de los Monty Python *Los caballeros de la Mesa Cuadrada y sus locos seguidores*, (título original *Monty Python and the Holy Grail*) dirigida en 1975 por Terry Jones y Terry Gilliam. Nos sirve de ejemplo, un tanto absurdo y alocado eso sí, de los numerosos prejuicios de la sociedad medieval y de cómo debieron de ser muchas de esas ordalías o «juicios de Dios» para determinar si una mujer era una auténtica bruja. Las burradas estaban a la orden del día. Cualquier acusación anónima, cualquier señalamiento con el dedo era prueba suficiente para complicar la vida a una persona acusada de brujería. Y lo de la balanza no crean que era una licencia literaria que se había inventado el guionista para dar más efectividad a la escena. En algunas partes de Alemania se pesaba en una balanza a los acusados de sortilegios: si una persona pesaba poco o simplemente su peso no guardaba relación con su volumen era señal inequívoca de que era una bruja.

Suena a chiste pero no lo fue. La balanza jugó un papel en algunas pantomimas de juicios. Incluso el escritor escocés Walter Scott, autor de una obra de ensayo dedicada a la brujería, habla de una bruja que fue sometida a la prueba inhumana e ilegal del agua y de la balanza en la localidad de Oakly, cerca de Belford, un 12 de julio de 1707. Nos dice que una vieja sexagenaria y sospechosa de hechicería deseó purificarse de tan vergonzosa imputación y reconciliarse con sus vecinos, sometiéndose a la llamada «prueba del agua». La administración parroquial de Oakly consintió en aquella prueba y prometió a la infeliz una guinea si demostraba su inocencia. Le ataron los pulgares de las manos y los pies, le quitaron el gorro y todos los alfileres que llevaba encima (la superstición del momento decía que un solo alfiler podía dar al traste con la prueba) y con una soga alrededor



de su cintura la tiraron al río Ouse a ver qué pasaba... Y lo que pasó, para desgracia de aquella pobre mujer, es que su cuerpo sobrenadó, aunque la cabeza quedaba bajo el agua. La gente interpretó aquello como que flotaba y, por lo tanto, era una bruja. Tres veces se hizo la misma prueba con idéntico resultado, por cuyo motivo hubo un grito general y unánime para que la ahorcasen o ahogasen directamente, ya que estaba en la orilla del río. Sólo hubo un espectador inteligente que tomó partido a favor de aquella mujer que ya tenía los pulmones encharcados de agua. Propuso la prueba adicional de pesar en una balanza a la supuesta bruja con una Biblia. El argumento que expuso era tan simple como demoledor al decir que siendo las Escrituras Sagradas una obra de Dios, debía por lógica tener más peso que todas las argucias y vasallos del diablo. Este raciocinio pareció convincente a la mayoría de la plebe por cuanto vieron una nueva fuente de diversión. Así que pesaron a la bruja junto con un tomo de la Biblia... Como era de esperar, el cuerpo de la mujer inclinó la balanza a su favor y de esta manera se vio libre y perdonada, ante la cara de papanatas cabreados de muchos de los presentes que estaban convencidos de que la Biblia pesaría mucho más que ella. No faltó, sin embargo, entre el populacho, quien despreciara esta prueba como irregular, teniendo por más auténtica la prueba del agua.

Aunque sea un ejemplo disparatado —pero real—, creo que sirve para darnos cuenta de las muchas estupideces, exageraciones y barbaridades que se han insinuado, dicho y hecho en torno a las brujas desde hace siglos. La gente inculta ha creado muchísimas fábulas y ha creído en las supersticiones más estrafalarias: brujas volando en escobas, brujas que se transforman en monstruos, brujas que chupan la sangre de





los niños, que provocan tormentas, que encantan y que convierten a la víctima en un sapo, que tienen pactos secretos con el diablo, que llevan marcas ocultas, que mantienen relaciones con procaces íncubos o que participan en orgías sexuales o en aquelarres secretos eran, por no seguir con la lista, algunas de estas creencias consideradas *vox populi*.

La historia y la histeria de la brujería es la historia de una superstición y de una persecución que se mantuvo durante más tiempo del deseado y que duró más siglos de lo que el sentido común exigía. Pero también es la historia entretenida y grotesca de una sarta de errores, incompetencias, fanatismos y torpezas que se alimentó de la miseria, la ignorancia, el sufrimiento y la desesperación. Y generó otro tanto de lo mismo.

Pero es nuestra historia, la de la Europa occidental y la de los comienzos de Estados Unidos, una realidad empírica a la que no podemos dar la espalda, de la que tenemos que hacer una reflexión crítica no exenta de ironía porque en el horror más profundo podemos encontrar gotas de amor y chispas de humor jocosos.

La brujería es uno de los temas más comentados en tertulias, saraos y encuestas y, paradójicamente, es de los menos conocidos. Es tremenda la confusión que existe sobre esta palabra —brujería—, y aunque los estudiosos de la Historia no se ponen de acuerdo en su definición (algunos la identifican como la «vieja religión», el culto ancestral a la Gran Madre) parece ser que todavía resuenan prejuicios, transpiran aberraciones y predomina un planteamiento con sabor a azufre y olor de velorios.

Se puede decir que dos son los elementos claves que contribuyeron a la difusión de teorías erróneas sobre la brujería y sobre sus creencias fantásticas: los ungüentos alucinógenos que se aplicaban en sus cuerpos y que les hacían «alucinar en



colores» con vuelos nocturnos a los aquelarres y las salvajes torturas que les aplicaban los verdugos que les hacían confesar todo lo que los jueces o los inquisidores quisieran, incluido cantar motetes en latín.

Ya lo dijo Séneca: *errare humanum est*, pero rectificar a tiempo es de sabios, y también muy humano...

## ORDALÍAS A TUTIPLÉN

Ya que hemos empezado el libro con una imagen concreta de las brujas, cuál era el sistema para determinar si lo eran o no, sería conveniente saber ahora cómo funcionaban en la práctica estas ordalías. No está de más recordar que lo que van a leer nada tiene que ver con un pésimo guión cinematográfico o con un chiste de mal gusto. Era la pura realidad, la idiotez personificada en unos cuantos eclesiásticos y leguleyos que ejercían de jueces en un tribunal a la hora de enfrentarse al problema.

Cuando el acusador señalaba a una persona como bruja —porque según él le había sometido a algún hechizo—, estaba obligado a llevar el caso por sus propios medios. En esa época no había letrados defensores ni jueces imparciales. Presentar pruebas de algo tan ambiguo como la práctica del *maleficium* no era nada fácil. Como única garantía procesal estaba la de que si el acusador o denunciante no conseguía probar sus acusaciones corría el riesgo de que la condena le cayera a él mismo. Los jueces estaban cansados de que les fueran a ellos con rumores, chismes y acusaciones falsas cada dos por tres, cuando en el fondo sólo eran revanchas o rivalidades entre vecinos. Alguien tenía que ser condenado: uno de los dos —acusado o acusador— no se iría de vacío.



Lo más fácil es que la mujer —por lo general eran mujeres— lo pasara bastante mal intentando probar su inocencia. El juez de turno, que en aquella época oscura no tenía muchas luces, exigía unas cuantas pruebas para condenar a la acusada, y a falta de éstas se ordenaba que fuera sometida a una ordalía, y aquí empezaba el espectáculo... La supuesta bruja se ponía a temblar cada vez que se mencionaba esta palabra porque el sistema era de risa para todos menos para el que lo estaba padeciendo. Desde épocas oscuras de la Edad Media, en los países germánicos se recurría a las ordalías o a pruebas aún más absurdas —como pinchar con un punzón buscando zonas insensibles o la búsqueda de marcas satánicas— que, encima, pretendían pasar por científicas. Las más conocidas son:

1. El duelo judicial o juicio de Dios clásico: el combate o duelo, en el que cada parte elegía un campeón o combatiente profesional de la misma estatura a ser posible que, con la fuerza, debía hacer triunfar su buen derecho.
2. La ordalía del hierro candente: el acusado debía coger con una de sus manos un hierro al rojo vivo por cierto tiempo. En algunas ordalías se prescribía que se debía llevar en la mano este hierro el tiempo necesario para cumplir siete pasos. La mano era entonces vendada y a los tres días se quitaba el vendaje: si no había signo de quemadura, era inocente; en caso contrario, mala suerte, era declarado culpable.
3. La ordalía de los alimentos: el acusado, ante el altar, debía comer cierta cantidad de pan y de queso, y los jueces esperaban que, si el acusado era culpable, Dios enviara a uno de sus ángeles para apretarle el gáznate



de modo que no pudiese tragar aquello que comía. Una variante era la «prueba de las aguas amargas» aplicada habitualmente a las mujeres acusadas de adulterio. Consistía en mezclar con agua las raspaduras procedentes del altar de la iglesia donde se celebrara el juicio. El altar era lijado y esas virutas pétreas se las hacían beber. Si la mujer sentía algún tipo de malestar era culpable y, en caso contrario, inocente.

4. La prueba de las candelas: se cortaban dos velas iguales que se ponían en el altar y eran encendidas por cada uno de los litigantes. Perdía aquel cuya vela se consumiera antes.
5. La ordalía del agua caliente. Consistía en recoger unas piedras del fondo de un recipiente con agua hirviendo, y funcionaba igual que la del hierro candente. Si lanzaba un alarido espeluznante no había duda: era una bruja hecha y derecha, pero si podía soportarlo, mientras le caían lagrimones como puños por la cara, se le consideraba inocente y, en este caso, el acusador era puesto en su lugar, debiendo repetir la prueba. Casos se dieron en que los acusadores terminaron siendo juzgados ellos mismos por difamaciones, calumnias y ahogados en un río. Por listos...
6. La ordalía del agua fría: se arrojaba al acusado al agua de un pozo o un río atado de pies y manos. Si flotaba era culpable entendiendo que el agua, símbolo de pureza, lo rechazaba. Era una de las más utilizadas.

En palabras del profesor Jeffrey B. Russell, que se refiere a la misma en su obra *La Historia de la brujería*:



La inmersión de la bruja consistía en atar a la acusada de manos y pies y arrojarla dentro del agua. Si se hundía era señal de que el agua, creación de Dios, la aceptaba, y entonces era declarada inocente y sacada a la orilla. Y si flotaba, era porque el agua la rechazaba y entonces era considerada culpable.

En fin, que si ocurría lo que era más lógico, y es que la mujer se hundiera como un fardo hasta el fondo, se le consideraba inocente. Así que ríanse de la escena de *Los caballeros de la Mesa Cuadrada* porque la realidad no era muy diferente. Triste consuelo para su familia si no la sacaban a tiempo del agua. Al menos el acusador se llevaría su merecido.

En España se les llamaba «salvas» y, por fortuna, pronto fueron reprobadas por muchos autores de fines de la Edad Media y el Renacimiento. Autores con un sentido común del que no hacían gala otros coetáneos suyos que vivían en el resto de países europeos, obcecados hasta la insania con la detención, caza, tortura y ajusticiamiento de mujeres cuyo delito, muchas veces, era precisamente ese, el de ser mujeres...



*Prueba del agua que se realizó a la supuesta bruja Mary Sutton en 1612, según se recoge en este manuscrito inglés que se publicó un año después.*



# CAPÍTULO I

## ENTRE ERRORES ANDA EL JUEGO



Unos orígenes más que difusos

Durante mil años, el único médico del pueblo fue la hechicera. Los emperadores, los papas, los reyes, los más ricos varones tenían algunos sanadores de la famosa Escuela de Salerno, moros o judíos; pero el pueblo no consultaba más que a la entendida. Si no lograban curar le llamaban, injuriándola, bruja. Las plantas que usaban aquellas mujeres en sus trabajos poseían, junto a la acción mágica que pretendían infundir con sus vocaciones y ritos, una verdadera acción curativa que aliviaba a muchos enfermos en sus dolencias; por ello las hechiceras han de tener, por derecho propio, un capítulo en la Historia de la Medicina.

JULES MICHELET,  
*Historia del satanismo y la brujería*

## PARA EMPEZAR: ¿QUÉ ES UNA BRUJA?

Como me imagino que ya estamos un poco ambientados en el mundo de la brujería gracias a esas ordalías, nada mejor que acudir ahora al diccionario para darnos cuenta de las características «técnicas» que debe tener una persona para ser considerada bruja. A saber: «Mujer que, según la opinión vulgar, tiene pacto con el diablo y, por medio de éste, hace cosas extraordinarias». Y la brujería sería: «la práctica supersticiosa que se atribuye a las brujas».

Sin embargo, si acudimos a la palabra brujo la cosa cambia, y no sólo de sexo. El diccionario nos dice que es un hombre de quien se dice que tiene pacto con el diablo, pero no se añade nada de que pueda realizar cosas prodigiosas. Es más soso.

Por lo tanto, si extraemos unas precipitadas conclusiones, averiguamos que la bruja debe ser una mujer —*conditio sine qua non*—, haber realizado un pacto satánico y, como consecuencia del mismo, hacer cosas muy extrañas que el vulgo considere extraordinarias como, por ejemplo, volar por los aires o flotar en el agua... Ahora bien, dentro de este término de «extraordinario», que funciona como un cajón de sastre, a las brujas se les atribuyó de todo, desde asesinatos y propagación de enfermedades, hasta la destrucción de cosechas mediante sustancias encantadas o la impotencia de un recién casado, escondiendo en su cama una correa con nudos. A esas prácticas se las llamaba, en latín, *maleficia* (maleficios).

El diccionario se cura en salud al decir «según la opinión vulgar». Ya saben: se dice, se rumorea, se comenta...



pero ¿existieron personas que hacían tales cosas? ¿Existieron brujas? ¿Qué es la brujería? Tal vez a muchos les sorprenda saber que la palabra bruja, que nos evoca tiempos muy lejanos y hasta míticos, es relativamente reciente, de la Edad Media. En el *Diccionario etimológico de la lengua castellana* de Joan Corominas se define el término *bruja* aludiendo a *bruxa*, hacia 1400, «común a los tres romances hispánicos y con algunas variantes en los dialectos de Gasuña y Languedoc. De origen desconocido, seguramente prerromano».

El antropólogo gallego Carmelo Lisón Tolosana esclarece un poco más el asunto y nos dice que su origen hay que buscarlo en el siglo XIII y además tiene un carné de



*He aquí una de las primeras representaciones gráficas de una bruja montada en una escoba en un manuscrito francés del año 1440.*

*Antes de esta fecha no se hablaba de brujas sino de hechiceras.*





identidad pirenaico. Aunque admite el probable origen prerromano, dice que aparece por primera vez —que se sepa— a finales del siglo XIII, sobre el año 1287, con el término *bruxa* en un vocabulario latino arábigo, y que su significado equivale a súcubo o demonio femenino. La siguiente vez que nos encontramos con ese término, —ahora escrito *broxa*— y siempre según Lisón Tolosana, es en las *Ordinaciones y Paramientos* de la ciudad de Barbastro de 1396, en dialecto altoaragonés.

¿Y en Europa? Según nos comenta el investigador Emilio Ruiz Barrachina, el término bruja aparece en Suiza hacia 1419 en la palabra alemana *hexe*, aunque no se popularizó hasta el siglo XVII, y el masculino, brujo, no fue aceptado hasta finales del siglo XIX. Según el profesor Russel, de la universidad de California, el verdadero origen de la palabra es el término indoeuropeo *weik*. En casi todos los casos se entiende a las brujas como las portadoras de conocimiento. La palabra inglesa *witch* (bruja, hechicero) deriva de la voz anglosajona *wicce* y del alemán *wisseii* (conocer, saber) y *widden* (adivinar o predecir).

El saber que el origen de la palabra bruja es reciente, no así el de hechicera, puede hacer que nos preguntemos si la brujería, como tal, tiene esa misma antigüedad. E incluso que nos replanteemos si no estamos hablando de una entelequia. Si hacemos un resumen, cuatro son las principales posturas e interpretaciones que se han dado sobre la brujería europea:

1. Que no existió, siendo todo una invención eclesiástica para mantener su poder. Lo que sabemos de ella es un cúmulo de difundidas supersticiones. Por ejemplo, el escéptico historiador protestante Henry



Charles Lea sostenía que las brujas no habían existido nunca, que habían sido un invento inquisitorial.

2. Que existió, pero en épocas recientes y cristianas. Hoppe Robbins cree que quienes propagaron e inventaron la brujería fueron la Iglesia y la Inquisición, organismo responsable en materia de ortodoxia.
3. La tradición folklorista, defendida entre otros por Margaret Murray, la considera como un antiguo culto femenino a la fecundidad y a un dios cornudo de las viejas religiones que se originó en épocas paganas y sobrevivió hasta la Edad Media convertido en un demonio.
4. Otros piensan que la brujería está compuesta por conceptos muy diversos que han ido mutando y se han conjugado a través de los siglos.

*El pie de este grabado satírico de Goya (1799) dice lo siguiente: «Quizá sea la escoba la herramienta más importante para una bruja, pues aparte de servirle para barrer, puede transformarse, según cuentan, en una mula que corre tanto que ni el Diabolo puede alcanzarla».*



En el momento presente, al ser la bruja un personaje tan ambiguo, también lo suelen ser los datos que se manejan en torno a ella y las confusiones están a la orden del día. Y eso es así porque la mayoría de las personas se imaginan a la bruja de dos maneras. Una es como un personaje de Walt Disney: con sombrero puntiagudo, verruga en la nariz, dedos con largas uñas y acompañada de un gato negro. Esta es la imagen de la bruja de tebeo o la bruja idónea para disfrazarse en la noche de Halloween.

O bien se imaginan que la bruja es una «tía buena y maciza, estupenda y divina de la muerte», de las que aparecen, por ejemplo, en la serie norteamericana de TV *Sabrina* o en *Embrujadas (Charmed)* encarnadas en las hermanas Halliwell —tres eran tres y las tres eran brujas— que ojean *El Libro de las Sombras* para proveerse de recetas, hechizos mágicos y acabar con cualquier tipo de demonio que se les presente o, si llega el caso, para hacerse un bacalao al pil pil. Y ya no digamos en la anterior serie de título en singular —*Embrujada (Bewitched, 1965)*— con una brujita hermosa, moderna e inocente llamada Samantha Stevens, casada con un mortal, el pobre Darrin, que efectuaba sus hechizos moviendo la naricilla y que recientemente ha sido llevada al cine, protagonizada por la camaleónica Nicole Kidman.

## PARA CONTINUAR: ¿QUÉ ES UNA BRUJA SATÁNICA?

Para no marear al lector, vamos a tomar postura cuanto antes. Para entendernos. Hay dos clases de brujería: la folklórica y la satánica. La brujería satánica se puede decir que es un invento cristiano aunque no la crea la Inquisición como a veces se ha dicho. Su etimología y su historia se



desarrollan a partir del siglo XIII en adelante. Antes había adivinatoras y hechiceras, no brujas. Cuanto más atrás nos remontemos en el tiempo, más referencias encontraremos a monstruos, vampiros, seres femeninos pavorosos de leyenda que raptan niños, se transforman, vuelan y chupan la sangre, entidades de mala calaña que luego fueron equiparadas a brujas, pero no son brujas propiamente dichas.

De hecho, las brujas en general son también manifestaciones de otros seres fantásticos, pues se ha utilizado su nombre para denominar todo aquello que entraba dentro de un ámbito sobrenatural: «es cosa de brujas», «este lugar está embrujado», «una noche de brujas», «la hora bruja», etc., son expresiones cotidianas que nos dan idea de lo dicho. En muchas leyendas populares, la palabra bruja puede sustituirse sin problemas por hada y el relato no pierde su sustancia. Por ejemplo, una leyenda del Pirineo aragonés trata sobre unas *bruxas* que habitaban en unos árboles o carrascas, con unos poderes mágicos que provocaban el asombro de los humanos. En Cantabria, el comportamiento de unas anjanas (o hadas) llamadas las «ijanas del valle de Aras» es muy parecido al que podrían tener las brujas, dispuestas a quemar las casas del vecindario, empezando por la del cura, por una simple venganza. En muchos pueblos existen bosques denominados «de las bruxas», y lo mismo sucede con los dólmenes, llamados en ocasiones «Casas de bruxas».

De ahí la importancia de la diferenciación: la bruja folklórica es la mujer sabia, hechicera, pagana, adivina redomada, con poderes visibles y con domicilio desconocido, mientras que la bruja satánica es todo eso más el IVA del pacto diabólico pasando por la licuadora de la Iglesia.





*Grabado de la obra del suizo Ulrich Molitor (1489) donde se aprecian dos características típicas de las brujas: su vuelo en escobas y su transformación en animales.*



El concepto satánico y sus características peyorativas, tal como las entendemos hoy en día, surge a lo largo de la Edad Media porque no había forma de erradicar los restos de paganismo dentro de las clases sociales más bajas. Era notoria la pervivencia de numerosos elementos paganos y mágicos en ritos y ceremonias que celebraban personas que decían ser cristianas. Los papas y obispos se dedicaron a cristianizar cuanto fiesta pagana encontraron, pero ni con esas. Además, existían hombres y mujeres que parecían ostentar ciertos poderes sobrenaturales, dedicándose a la magia, la adivinación y los hechizos.

Durante mucho tiempo no se indagó sobre el origen de ese poder y tan sólo se iba a las consecuencias que producía: si alguien engañaba a los crédulos o mataba con sus artes mágicas era condenado y punto. A los adivinos y los curanderos se les consideraba como a las prostitutas y así se les castigaba. Sus penas, por lo general, eran leves. Más tarde, algunos teólogos pensaron que ese poder sólo podía provenir del diablo puesto que lo detentaba una persona de baja estofa y no curas, monjes, obispos o eclesiásticos, que sería lo suyo dentro de una perspectiva cristiana, así que un poder que no procedía de Dios venía de su Adversario, Satán. El cristianismo no se oponía a la creencia de extraños hechos que se podían producir en la naturaleza: cualquier santo obraba milagros y cualquier padre del desierto vencía las tentaciones de los demonios. La Iglesia se oponía a los «milagros» cuando eran obra de los demonios. Cualquier manifestación sobrenatural debería provenir de la divinidad. De lo contrario, olía a azufre del Averno. Y aquí se empieza a fraguar el mito de la



bruja que surge y termina con las artes mágicas, la adivinación y la hechicería.

Había que erradicar la imagen pagana que consideraba a estas mujeres como sabias, curanderas o maestras que de algún modo habían tenido acceso a un poder divino. Se abrió una cruzada contra la mujer (el 80% de los cargos de brujería y hechicería eran contra mujeres), contra los restos de paganismo y contra las asechanzas del diablo. Fue una olla podrida que hacía saltar chispas en cuanto a su interpretación, ya que se mezclaron demasiadas cosas unificándolas en un solo enemigo: el diablo y sus secuaces.

Las posturas van cambiando con el tiempo. En el *Canon Episcopi* (906) creer en magia o brujería era tan pueril que iba en contra de la doctrina de la Iglesia y luego, a partir del siglo XIII, se empezó a presentar a la bruja como una esclava del diablo, y ahora sí había que creerlo. Las tornas habían cambiado dándose más protagonismo a la bruja satánica proclive a hacer pactos con el diablo que a la pobre bruja folklórica que ahora ni pinchaba ni cortaba. La iconografía ayudaba. Se dibuja al diablo durante los siglos XII y XIII, aparecen brujas montadas a lomos de una escoba en 1280 y su imagen empieza a dar miedo.

La hechicera se convierte en bruja, ésta en adoradora del diablo y, por consiguiente, en hereje porque rechaza a Dios y a la Iglesia. Se montó una teoría *conspiranoica* de que existía una gran secta cuyos tentáculos estaban diseminados por toda Europa occidental, secta que pretendía destruir el cristianismo, cuyos miembros adoraban a Satán en misas sacrílegas donde todo estaba invertido y degradado. Los teólogos insistían en que el demonio estaba presente



en la sociedad y en que las brujas eran sus ministras. El miedo era libre. Se tergiversaron las Sagradas Escrituras, se mintió en los púlpitos, se dictaron bulas y encíclicas absurdas, se permitieron las denuncias anónimas, se invistió de poder a inquisidores matarifes, se injurió, se torturó y se mató a mansalva siempre bajo la idea vesánica de que el Mal, manifestado entre otras cosas en la brujería, estaba en cada casa y cada calle de cada pueblo, exceptuando en las iglesias. Psicosis, delirio, histeria, odio y locura es lo que despertó en las gentes unos sentimientos que se exacerbaron entre 1450 y 1750.

La única forma de distinguir a una hechicera de una bruja no era tanto por sus actos, que eran muy parecidos, sino por los móviles. Si había pacto con el diablo y aquelarre en el mismo lote, era un caso de brujería, es decir, hechicería herética. No obstante, esta diferencia artificial no estaba tan clara para teólogos e inquisidores que improvisaban sobre la marcha cada vez que tenían que vérselas con uno de estos temas tan espinosos y heréticos. En última instancia, todos los prodigios se atribuían a la intervención del diablo, y asunto resuelto.

Así pues, la brujería moderna tiene significados distintos según las personas, pero su origen sólo es uno. El uso incorrecto de esta palabra en el transcurso de los años ha oscurecido su verdadero significado. Durante la Edad Media y el Renacimiento y, sobre todo, durante los dos siglos en que se impuso la brujomanía en la vida religiosa e intelectual de Europa, el término tenía un significado concreto, muy satánico, reconocido por todos. Veamos dos acepciones de dos épocas diferentes:





1587 - George Gifford: (la bruja es) «la persona que obra con la colaboración del Diablo o de las artes diabólicas y que hace daño o cura, revela secretos o predice el porvenir, cosas que el Diablo ha inventado para ensuciar las almas de los hombres y llevarlos a la condenación».

1730 - William Forbes (profesor de Derecho de la Universidad de Glasgow): «La brujería es una arte negra mediante la cual se realizan cosas extrañas y prodigiosas, con el poder que deriva del Diablo».

Estos hombres —teólogos, maestros, jueces o abogados— estaban interesados en defender la creencia de que la brujería significaba una sola cosa: un pacto con el diablo para obrar el mal. Para católicos y protestantes, la brujería era herejía. Ese carácter estrictamente demoníaco no lo tuvo antes del siglo XIII, aunque sí algunos rasgos maléficos asociados con la hechicería y la magia.

## Y SEGUIMOS: ¿SON BRUJAS O HECHICERAS?

La imagen que tenían nuestros abuelos y la que tenemos actualmente de la brujería cristiana —léase, de épocas de intransigencia cristiana— vendría a ser algo así como hechicería tradicional más el culto al Diablo.

A decir verdad, si hacemos un acto de reflexión no sabemos bien qué es una bruja o una hechicera o qué significó la brujería para la Historia de la humanidad, y sobre todo para aquellos hombres y mujeres que fueron acusados de practicarla. Está muy bien conocer la imagen estereotipada, folklórica y hasta grotesca de la bruja, pero también hay que conocer la

